

RAMIRO LEDESMA ANTE EL QUIJOTE Jaime Delgado

Nada más manoseado, en el día en que vivimos, que el tema de Don Quijote. Muy comentada también —quizá nunca lo bastante— la figura de Ramiro Ledesma. Pero nada tan nuevo, a lo que creo, tan sin tocar, tan intacto —aquí viene bien la palabreja—, como el tema unión de los dos anteriores: el Quijote y Ramiro Ledesma, Ramiro Ledesma ante el Quijote.

Se puede observar, en efecto, leyendo la abrumadora cantidad de páginas escritas sobre el Quijote y sobre el fundador de las J.O.N.S., por separado, que no hay ningún ensayo, artículo o nota sobre el que a mí se me antoja interesantísimo tema de la interpretación del Quijote por Ramiro Ledesma. Se ha hablado y se ha escrito mucho sobre la figura de Don Quijote, se la ha interpretado y estudiado desde todos los puntos de vista posibles. Desde la *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Unamuno, hasta los últimos artículos de Giménez Caballero, en EL ESPAÑOL, pasando por las *Meditaciones del Quijote*, de Ortega —por solo citar lo más representativo de este siglo en España—, el personaje de Cervantes, o de España, se ha mirado a través de los más variados cristales de todos los colores. Y lo más sorprendente del caso es que, habiéndose abordado el tema de nuestra generación ante el Quijote, no se haya hecho ni una alusión siquiera al estudio que hoy proponemos, aún a pesar de ser la de Ramiro Ledesma una de las figuras representativas de la generación actual.

Cabría preguntarse, ante el silencio de los escritores, si Ramiro Ledesma no habría tratado del Quijote en ninguno de sus escritos; cabría suponer que no, pero, aún así, era de esperar que algún articulista hubiese abierto interrogación ante el problema, le hubiese señalado al menos. Sin embargo, sólo el silencio se encargó de hacerlo notar. Un librito de Montero —*La evolución intelectual de Ramiro Ledesma*—, en que se cita el manuscrito ramiriano, hizo lo demás. Ramiro Ledesma sí que había escrito sobre el Quijote.

El manuscrito de Ledesma comprende 232 cuartillas —209 en la copia a máquina— y se titula *La locura de don Quijote*, y también *El Quijote y nuestro tiempo* [1]. El plan de la obra es el siguiente: Cosas liminares.—Algo de metodología.—Sobre el gran libro.—I. La locura de Don Quijote.—II. Diálogo.—III. La dicha de Don Quijote.—IV. Diálogo.—V. Don Quijote y un Canónigo.—VI. Los enemigos de Don Quijote.—VII. Sansón Carrasco.—VIII. La cueva de Montesinos.—IX. Diálogo.—X. La comparsa de la duquería.—XI. Reivindicación de Cervantes.—XII. Don Quijote vencido.—XIII. La bondad de Don Quijote.—XIV. Último diálogo, y por último, Cosas liminares.

A través de este plan, y no sólo en el estilo y en el léxico, se puede observar una influencia en Ramiro de las *Meditaciones del Quijote*, de Ortega; las digresiones filosóficas y sociológicas, tomando como pretexto el libro de Cervantes, abundan, y aun quizá exista también el parentesco en la reivindicación de Cervantes, a que Ramiro dedica una parte de su libro, pues no hay que olvidar que Ortega ya había insistido en la necesidad de distraer la vista de Don Quijote para tenderla sobre el resto de la obra y tener así una noción más amplia y clara del estilo cervantino, culminando su idea en la frase: «No podemos entender al individuo sino al través de su especie... Así, el individuo Don Quijote es un individuo de la especie Cervantes.»

Pero no hay que olvidar que entonces —1924— estaba muy en boga la obra de Spengler, y a ella alude Ramiro: «En este libro —dice— se exponen los síntomas —muy pequeños, débiles y hasta quiméricos síntomas, por cierto— que en opinión de su autor son señales evidentes de la decadencia, y no sólo de ésta, sino también de la muerte de la actual cultura de Occidente.» (Pág. 5.) Después vendrá la crítica. Pero antes hay que señalar otra influencia: la de Unamuno en su *Vida de Don Quijote y Sancho*. Ramiro ataca el exceso de investigación y crítica, manifiesta hambre de cosas esenciales, exaltación del juicio personal y directo, agresión contra los administradores de la inmortalidad ajena, y por influjo de Unamuno, y moviéndose dentro del anhelo tradicional de la filosofía española, siente la nostalgia de lo eterno. «El hecho perdurable es lo que logra una ráfaga de

eternidad» —nos dice (pág. 14)—. La eternidad es la máxima categoría del tiempo, es el tiempo *bueno*, de Berdiaeff, y precisamente en la obra de Spengler censura Ledesma la falta de toda ideas de Eternidad: «El azar y el fatalismo spengleriano —escribe— son tiempo sin ráfagas de Eternidad.» Porque este mundo y el proceso que le acompaña no forman un círculo cerrado que ni admite ni hace ingerencias desde o a otros mundos, sino que *lo histórico* tiene sus raíces en lo eterno. «El proceso del tiempo —dice Berdiaeff—, es decir, el proceso histórico universal, el que se realiza en el tiempo nuestro, tiene su génesis en la Eternidad, y es en ésta donde hemos de buscar la causa esencial de todos los fenómenos de nuestra realidad universal.»

Así, pues, Ramiro Ledesma anhelaba lo eterno, y, sin duda, él hubiera suscrito con Berdiaeff esta afirmación del ruso: «El significado de esta historia nuestra que transcurre en nuestro eón, consiste en llegar a una especie de plenitud eterna, cuando este eón, dejando su estado de imperfección, penetre en la plenitud de la vida eterna.»

Pero nos alejamos del tema. Los libros de contenido profundo, humano, tienen esa virtud: hacer meditar sobre lo que se lee, invitar a la divagación serena, al sueño vigilante del espíritu que se siente lleno. El cuerpo, después de comer, duerme, y es entonces cuando el alma vigila soñando divagaciones sin fronteras, y muchas veces, ¡quién sabe si la divagación es más importante que el asunto principal!

Mas sigamos el hilo de nuestra exposición. Decíamos que Ramiro Ledesma sentía la nostalgia de lo eterno. Pero no es esto ciertamente lo más importante de su libro. Decía Emiliano Aguado, en un artículo publicado en estas mismas columnas, que en los escritos de Ramiro hay «un torbellino de adivinaciones que, reducidas a realidad en los tiempos que corren, revelan el temple anímico de una vida que brega consigo misma para alumbrar la plenitud de su mensaje». Y Montero, en su libro citado, afirma que en Ledesma «existe toda una evolución, todo un proceso ideológico, a lo largo de varios años de vida intelectual [1], cuyo desenlace es la formulación de su doctrina nacionalsindicalista». Montero va señalando en los trabajos del Ramiro universitario y filósofo los precedentes más importantes de la ideología política que después, ya en la acción, el mismo Ramiro iba a sistematizar y a hacer programa.

Pues bien, en el manuscrito que estudiamos se acusan ya, acaso intuitivamente, ideas sobre la juventud que han de ser motivos centrales en la obra de Ramiro y que hallarán su plenitud en la teoría nacionalsindicalista. Ya lo anuncia Motero en su libro, y llama a estas ideas «atisbos muy certeros». ¿Cuáles eran, pues, estas ideas precoces, estos certeros atisbos?

En primer lugar, Ramiro se enfrenta con el problema de la juventud. ¿Cómo debe ser un joven? Esta pregunta va a ser precisamente por otro joven [2], es decir, que Ramiro podía preguntarse —quizá se lo preguntaba—: ¿Cómo debo ser yo? Y el joven, para él, se caracteriza por su capacidad de renovación, por no sentirse afectado ni incluido en el peso de las decadencias ni en los estertores de las agonías (págs. 25-26). La juventud es creadora, y creación es síntesis de querer y querer ser. Es la unión de la voluntad y el ansia de renovación; es mirar al pasado sin nostalgia ni arrobamiento, pero sin desprecio, y vivir el presente con la cara al porvenir. Por eso, para Ledesma, el papel de las juventudes se acusaba ya como un papel director; cantaba «el ansia de reforma que asalta a las juventudes vigorosas», y añade: «Afirmo que la edad joven representa en el hombre el máximun de fuerza, y que debe tenderse a que las direcciones sean juveniles» (Pág. 71.)

¿Qué había de hacer la juventud hasta tanto se hiciera con la dirección? ¿Cuál era la misión de la juventud que Ramiro preconizaba? Claramente lo dice en su libro: «Lo digo con optimismo. Estoy seguro de que las murallas que forma la decadencia presente serán rotas por el ímpetu de la generación que ahora florece. Para conseguirlo quizá ésta no tenga que hacer sino dos cosas: una, romper definitivamente con lo viejo. Otra, saberse hacer así misma». (Página 123.)

Y aquí estamos ya en el nudo central de nuestro tema. ¿Qué era el Quijote para Ramiro? Sencillamente, una lección. Del Quijote extraía Ledesma una doble enseñanza: valor para romper amarras con el pasado, y sentido misional de la sinceridad. Don Quijote rompió con el pasado, con su más próximo pasado. Tuvo valor para renunciar a su hidalguía mediocre y

hacerse caballero andante. Y Don Quijote fue sincero, misionó con su sinceridad. Sobre su sinceridad dio manotadas de risa la comparsa ducal y bachilleresca, pero Don Quijote deshacía los entuertos; mejor, creía deshacer los entuertos, y aunque no los deshiciera, no hay que olvidar que la fe mueve montañas. Por eso, la muerte de Don Quijote es una traición de Cervantes. Don Quijote muere sano de juicio, pero más bien es su cordura la que le mata. Porque lo que hace Don Quijote al declarar ser Alonso Quijano el Bueno es amarrarse al pasado, rendir culto a los muertos.

Valor para romper amarras con el pasado, y sentido misional de la sinceridad son, pues, las dos enseñanzas fundamentales que Ramiro Ledesma sacaba del Quijote, de Don Quijote de la Mancha, que de Alonso Quijano el Bueno no había de aprender nada.

Y ya sólo queda el capítulo «Cosas liminares», donde puede observarse la influencia nietzscheana de toda la primera época de Ramiro. Porque, como dice Montero, «no se entregará Ramiro Ledesma, en aquellas sus primeras armas literarias, a una lírica blanda, a una literatura fácil. Sus trabajos dejan la inconfundible impresión de una obra apasionada cuyo autor vivía, desde la adolescencia, los resultados y las contradicciones vehementes de la crisis de su época». Y eso es este capítulo: vehemente y apasionado; su forma es casi aforística. En él establece una crítica a los valores.

Pero, sin entrar en los asertos de esta crítica —que sería salirse del tema—, una cosa conviene señalar una vez más a las juventudes: y es que la juventud debe ser síntesis de querer y querer ser; que la juventud es creación, pero creación en serio, con voluntad de renovación. Y además, creencia. Es decir, la juventud debe crear y creer, como diría Unamuno, y después hacer creer para seguir creando.

Notas:

[1] Agradezco cordialmente a mi profesor y amigo D. Santiago Montero Díaz, la facilitación de importantes notas para la redacción de este trabajo.

[2] La obra de Ramiro Ledesma que comentamos está escrita, según dice el propio autor en la pág. 20, a los diecinueve años (1924). Sin embargo, Montero Díaz supone, ante la conseguida madurez de algunos pasajes, que Ramiro haría una revisión posterior, a los veinticuatro o veinticinco años.

[Artículo publicado en *El Español*, nº 105, Madrid, 28 de octubre de 1944, p. 7. Reproducido en *Nihil Obstat*, Revista de ideas, cultura y metapolítica, Barcelona, nº 6, primavera-verano 2005]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 92